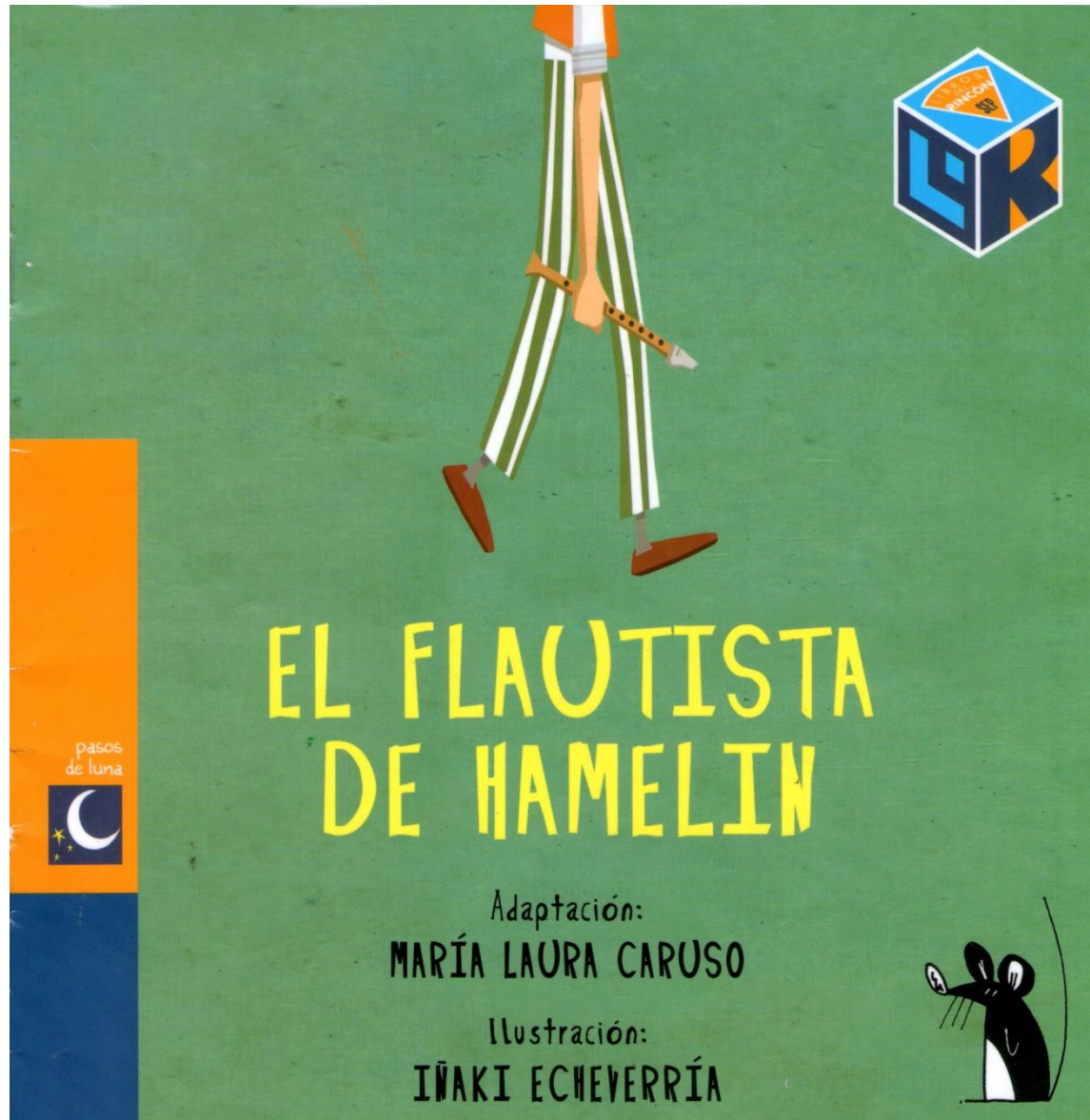
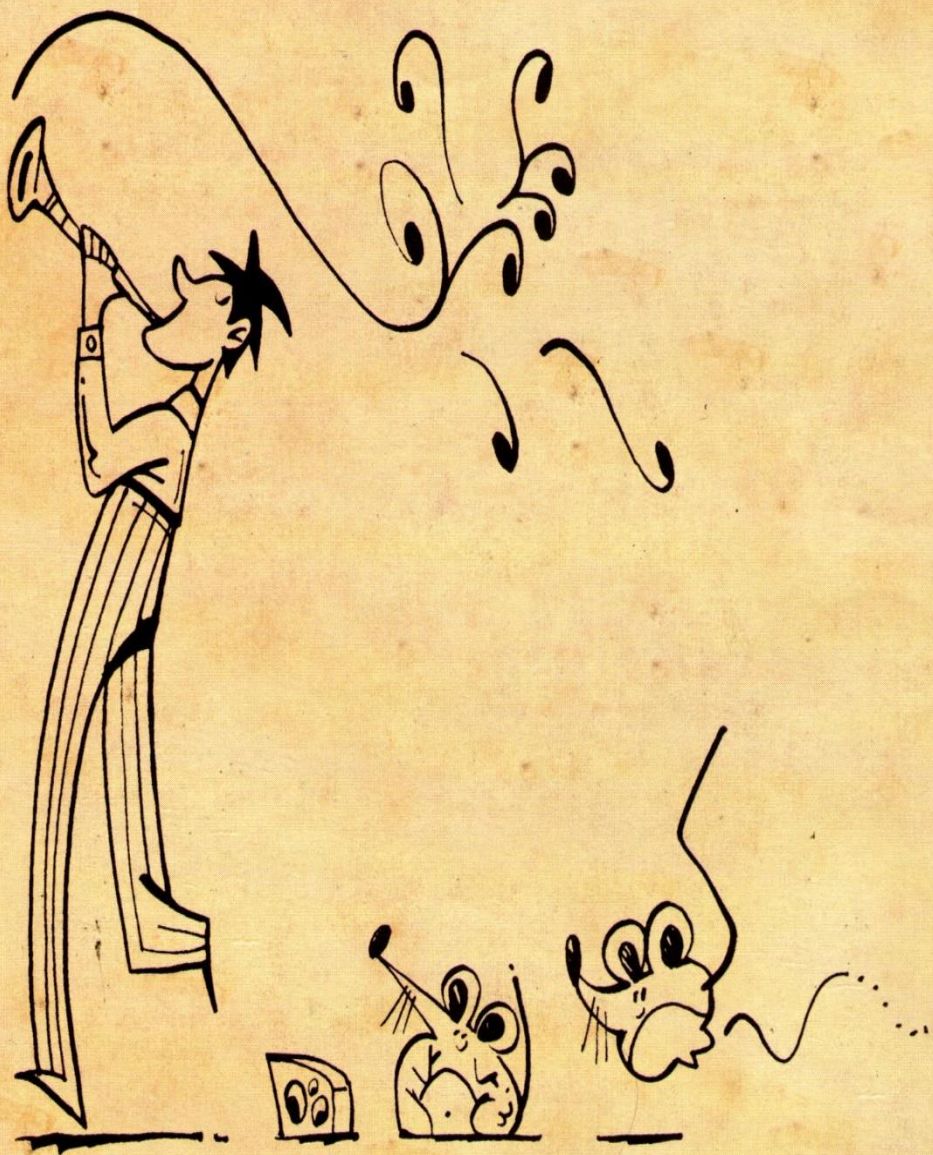
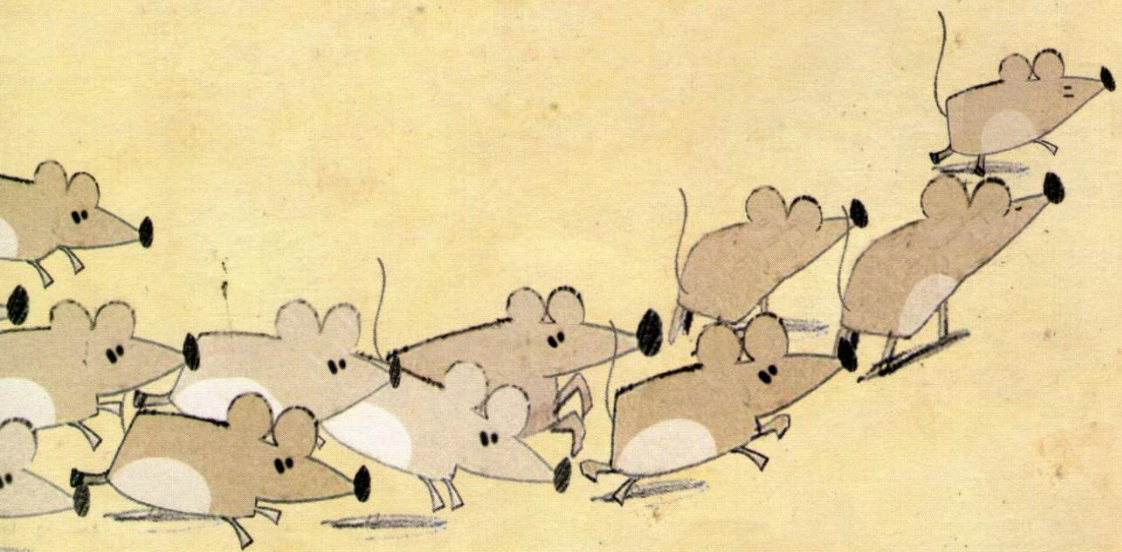






La música constituye una revelación
más alta que ninguna filosofía.

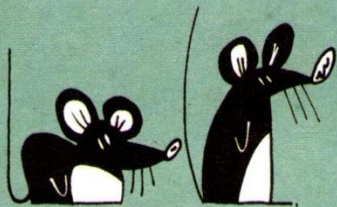
Ludwig van Beethoven



Hace mucho, muchísimo tiempo, en la ciudad de Hamelin,
sucedió algo muy extraño y muy, muy inquietante.
Una mañana, cuando los habitantes salieron de sus casas,
encontraron las calles invadidas por miles de ratones.

¡MILES EN VERDAD!

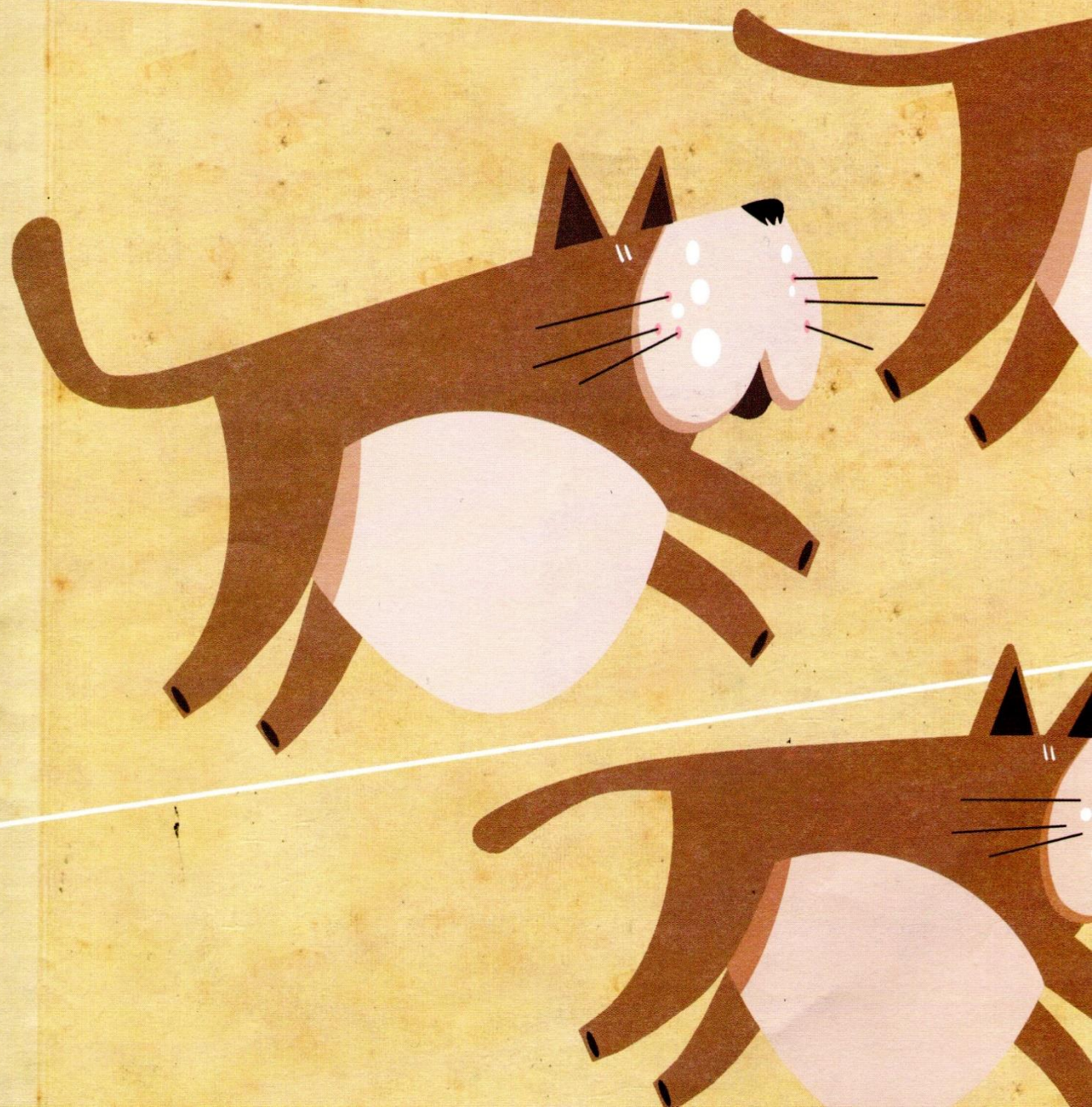


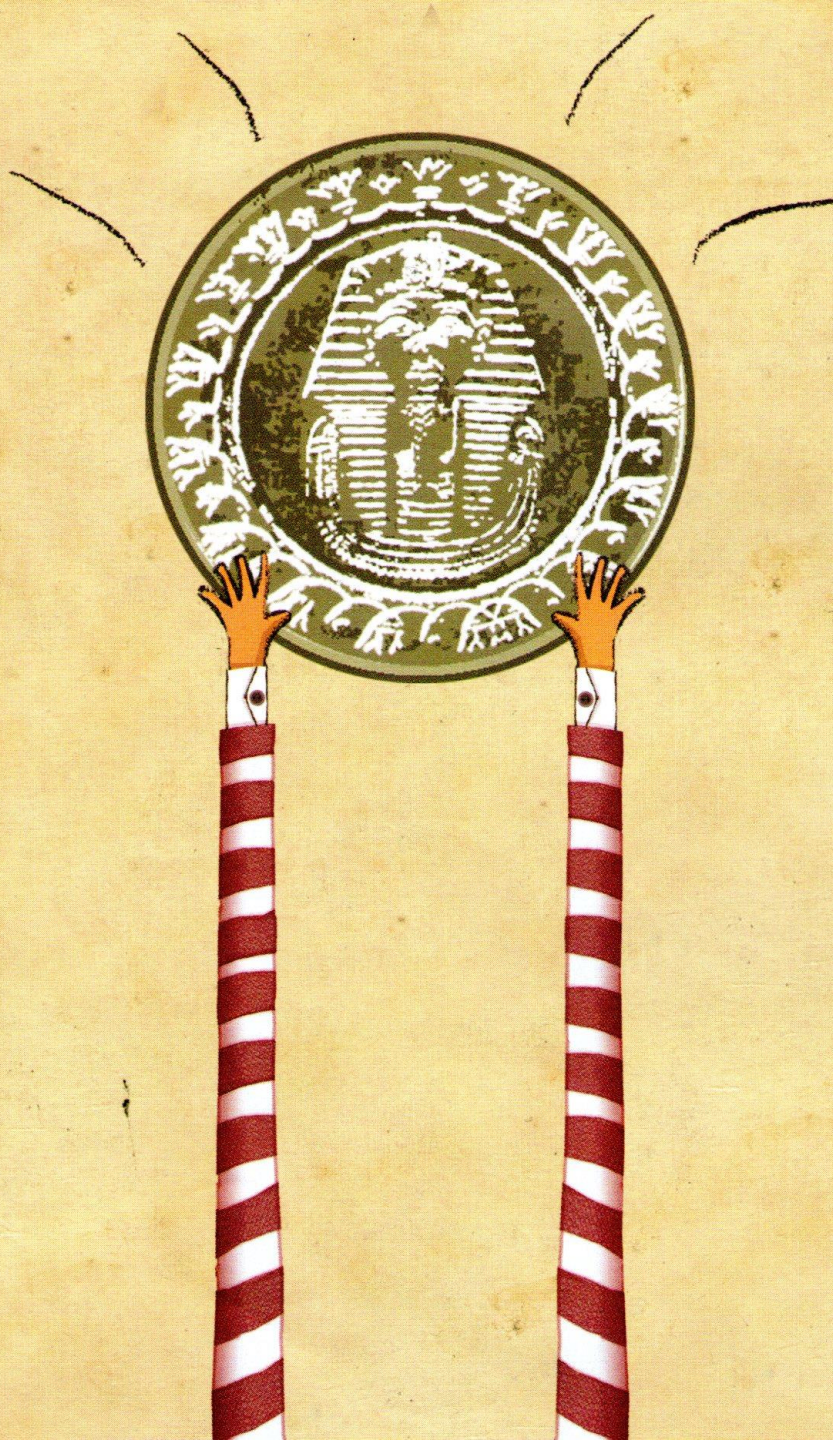


Era tal el desconcierto que nadie sabía
cómo ahuyentarlos, el tiempo pasaba,
las ideas no daban resultado
y cada vez aparecían más y más.

Tantos había que hasta los mismos gatos

HUÍAN ASUSTADOS.

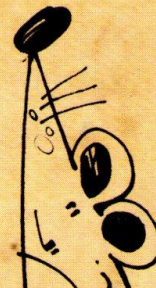




Ante la gravedad de la situación,
el Consejo se reunió y resolvió lo siguiente:

"DAREMOS CIEN MONEDAS DE ORO
A QUIEN NOS LIBRE DE LOS RATONES".

Y se sentaron a esperar.





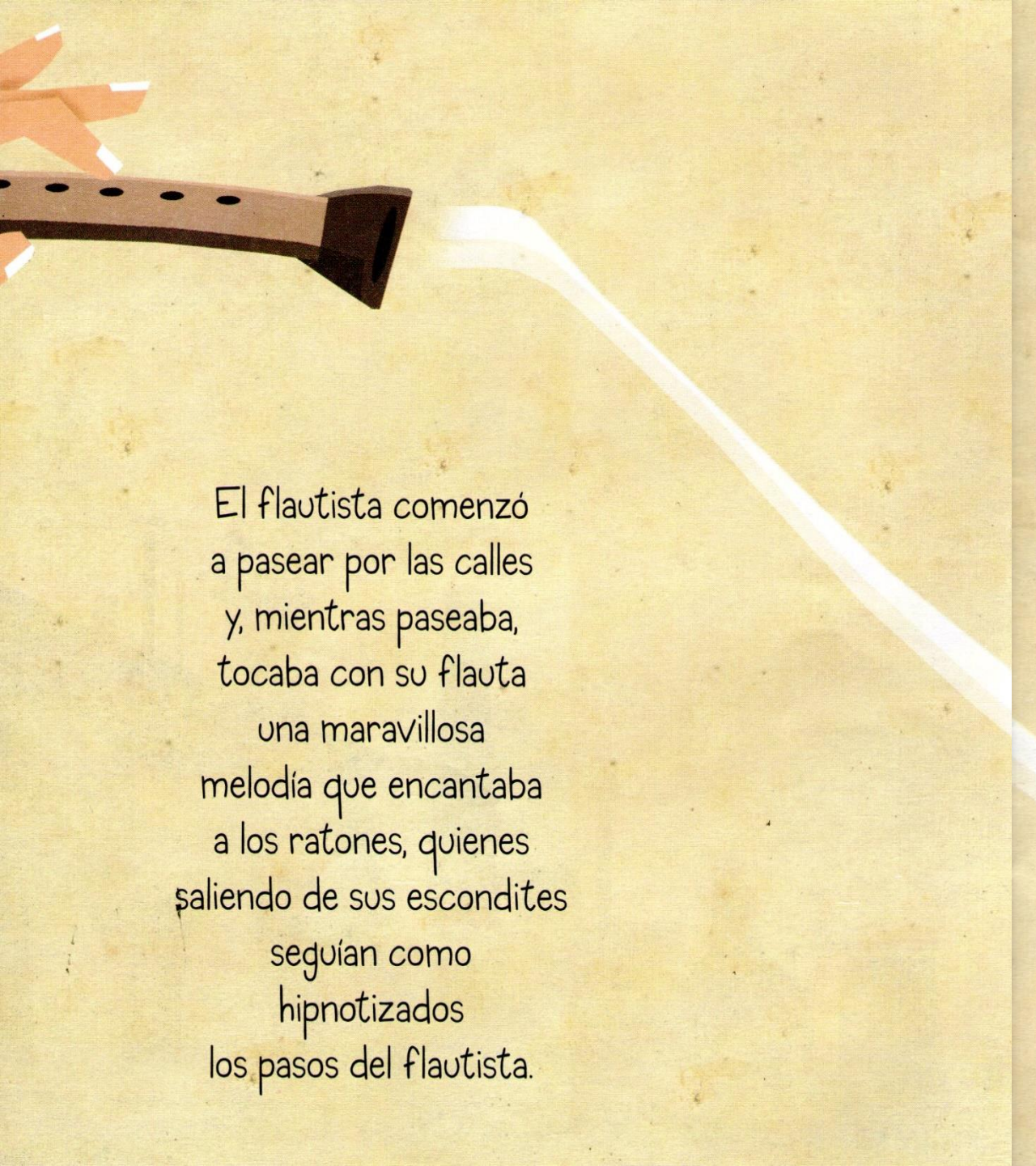
Al poco tiempo se presentó ante ellos un flautista,
alto, pálido y desgarrado,
a quien nadie había visto antes. Les dijo:

"LA RECOMPENSA SERÁ MÍA.
ESTA NOCHE NO QUEDARÁ
NI UN SÓLO RATÓN EN HAMELIN".

Nadie dio crédito a sus palabras,
pero no costaba nada intentarlo.





An illustration of a brown flute with a dark brown mouthpiece and finger holes. A bright white beam of light emanates from the mouthpiece, extending diagonally across the page. The background is a textured, light yellowish-brown.

El flautista comenzó
a pasear por las calles
y, mientras paseaba,
tocaba con su flauta
una maravillosa
melodía que encantaba
a los ratones, quienes
saliendo de sus escondites
seguían como
hipnotizados
los pasos del flautista.



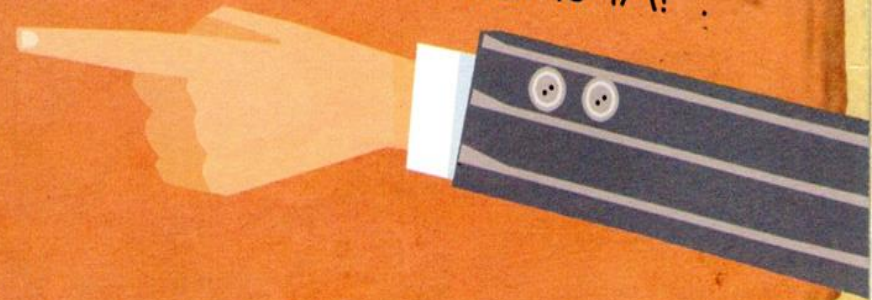
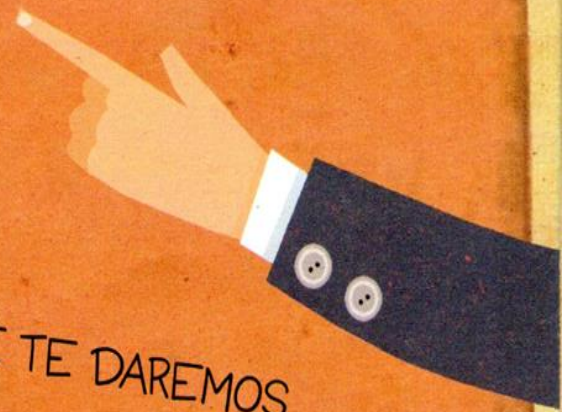
A la mañana siguiente,
el flautista se presentó
ante el Consejo y reclamó
su recompensa.

Pero liberados ya de
su problema, le contestaron
muy groseramente:



"¡VETE DE NUESTRA CIUDAD!",

¿O ACASO CREES QUE TE DAREMOS
TANTO ORO POR TOCAR LA FLAUTA?"





Furioso por el incumplimiento, tocó otra bella
y encantadora melodía una y otra vez.
Pero ahora no eran los ratones los que lo seguían,
sino los niños de la ciudad quienes,
fascinados por aquel sonido maravilloso,
iban tras los pasos del extraño músico.

ALEGRES Y TOMADOS DE LA MANO,
FORMARON UNA INTERMINABLE FILA.





Nada lograron los ruegos de los padres ni el arrepentimiento
de los embusteros. El flautista se los llevó lejos, muy lejos,
tan lejos que nadie supo adónde, y los niños,
al igual que los ratones, nunca jamás volvieron.

La ciudad, con sus riquezas intactas,
quedó desierta y vacía,
NUNCA MÁS HUBO RATONES, NI NIÑOS.

